

Errancias adolescentes: exilios y desexilios*

Ana C. Bisson de Moguillansky

I. EL CONCEPTO DE ERRANCIA

Errancia es un neologismo que ocupa el lugar de la palabra francesa *errance*, carente de traducción exacta. En castellano, *errar* tiene dos vertientes de significado: itinerar, “andar vagando de una parte a la otra”, “divagar el pensamiento, la imaginación, etc.”¹ y también no acertar, fallar, equivocarse, de la cual deriva fracasar. Estas errancias, mientras se refieren a las divagaciones de la imaginación parecen ser propias de una adolescencia normal; pero en cuanto se transforman en acción, *errance agie*,² queda comprometida la capacidad de pensar y nos encontramos ante una errancia patológica (al menos según P. Gutton).

* Este artículo fue presentado en el Congreso Internacional de Barcelona en 1997 con el título “Los vagabundos adolescentes”.

¹ *Diccionario Ilustrado Vox*, Editorial Spes, Barcelona, 1961, T.1, p. 1230

² “La pathologie s’exprime selon nos thèses, lorsque la primauté conférée à l’investissement de l’espace s’effectue dans l’histoire du sujet comme une solution illusoire aux problématiques pubertaires. À l’errance psychique de bon aloi quant à sa capacité développementale est dialectiquement opposée l’errance agie. Lorsque celle-ci envahit et resserre le temps, compromet la capacité de penser, nous sommes en présence d’une errance pathologique”, Gutton, Ph., Slama, L., *Essai de Psychopathologie de l’errance, Adolescence, Revue semestrielle de psychanalyse, psychopathologie et sciences humaines*, 23, *Errances*, Paris, Bayard Éditions, 1994, p.55.

(Tr.: “La patología se expresa, según nuestras tesis, cuando el primado conferido a la investidura del espacio se efectúa en la historia del sujeto como una solución ilusoria a las problemáticas puberales. A la *errancia* psíquica de buena ley (ie., de buena calidad) en cuanto a su capacidad para el desarrollo mental se opone dialécticamente la *errancia* actuada. Cuando ésta llena totalmente el tiempo, compromete la capacidad de pensar. Nos encontramos frente a una *errancia* patológica.”)

Sin embargo, muchas de estas errancias, cuando los adolescentes acceden a un tratamiento psicoanalítico, muestran que se trata de actividades exploratorias propias de una edad en la que el pensamiento aún transcurre por la acción. Aquí se nos presenta nuevamente el significado de la errancia como error y tal vez como fracaso, ya que el adolescente no ha desarrollado plenamente la capacidad emocional e intelectual para recorrer las posibilidades en el pensamiento, y entonces el ensayo-error se realiza en la acción. Muchas cosas se “hacen” en el pensamiento, y otras muchas se van pensando en la acción. Este “pensamiento actuado” (¿externalización?)³ transforma al mundo en un escenario casi fantasmático donde se deslizan las exploraciones, los ensayos, las tentativas y también las elaboraciones. El analista puede ser parte de este escenario como aquél a quien se apela o se busca en el *acting-out*, o como aquél de quien hay que alejarse por estar demasiado impregnado del Ideal del Yo de la infancia. Su lugar cambiante refleja la exploración adolescente.

P. Gutton ve en las acciones erráticas un fracaso de la subjetivación adolescente, especialmente en casos en que los vínculos intersubjetivos son reemplazados por espacios concretos o simplemente por la acción de marchar de un lado a otro.⁴ La sobreinversión del espacio o del cuerpo en movimiento contrarresta una persistente y pujante sensación de inquietud, de no estar bien en ninguna parte, que en general observamos en el comienzo de una fuga o de un acto bulímico, y que siempre se descarga en la acción. Pero no hace falta llegar al extremo de las errancias permanentes referidas a un espacio concreto para encontrarnos con las mismas dificultades en el proceso de subjetivación: muchas veces el “aquí” no es un lugar espacial sino un lugar emocional.

³ cf. Bion, W.: *Transformaciones*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968, p.24. Es interesante también la comparación con el concepto de *concreción adolescente* de Blos (cf. Blos, P.: *La Transición adolescente*, Buenos Aires, Amorrortu, 1981, cap. 13, pp. 118 y ss. Para A. Freud la externalización consiste en utilizar a la persona del analista para representar diferentes partes de la estructura de la personalidad del paciente. Es una sub-especie de la transferencia. Freud, A.: “Normalidad y patología en la niñez”, Buenos Aires, Paidós, 1979, p.38.

⁴ “Cette errance est une vicissitude, voire un échec du travail de subjectivation adolescente”, Gutton, P., op.cit., pp.7-8. El concepto de “trabajo de subjetivación” es de R. Cahn. “Esta errancia es una vicissitud, es decir, un fracaso del trabajo de subjetivación adolescente”. (N. del T.)

La contracara de las errancias adolescentes es precisamente el no acceder a la errancia de la fantasía, y por consiguiente no destituir los ideales de la infancia, no explorar el mundo; se trataría en el mejor de los casos de una latencia prolongada. Otro camino podría ser el de las caracteropatías o el de las neurosis asintomáticas en las que la represión arrasó con la vida imaginativa.⁵

La idea de las errancias adolescentes ilumina ese proceso peculiar que se ubica entre el pensamiento y la acción, una suerte de Tierra de Nunca Jamás hecha tanto de pensamiento como de acción. Este país ilusorio en el que todo es posible, hasta volar, no provee sin embargo armas para el crecimiento ni implica una moratoria adolescente sino una resistencia al duelo mediante el refugio en la fantasía. Buena parte del significado de las errancias se debe al concepto winnicottiano de objeto transicional: un objeto transicional ampliado que no se encarna en un objeto, ni siquiera en un lugar concreto, un objeto que no es de afuera ni de adentro, que no es pensamiento ni acción sino ambas cosas a la vez. No tiene las posibilidades exploratorias del pensamiento adulto, aunque sí sus posibilidades combinatorias. Tampoco es acción específica, modificadora de la realidad externa. Tiene mucho de ensoñación que trasciende los límites de la mente para prolongarse en acciones.

II. LOS EXTREMOS DE LAS ERRANCIAS ADOLESCENTES

a) Errancias y exilio

Creo que es posible plantear una zona límite entre la errancia y la repetición, zona que bordea la marginalización en más de un sentido.

Cuando un adolescente “tiene” que irse, en general se trata de alejarse de sus objetos edípicos, que se han vuelto muy insistentes –casi omnipresentes– en el comienzo de la adolescencia. Justamente, el drama edípico reside en este alejarse/acercarse de la madre, y allí comienza el sentimiento de inquietud, de no estar cómodo en la propia piel. La “solicitud” de los objetos edípi-

⁵ Klein, M.: *El Psicoanálisis de Niños*. O.C., 1, Buenos Aires, Paidós, 1977, p.229.

cos es un entramado de erotización y culpa. La errancia de Edipo luego de la muerte de Yocasta y de la consumación del incesto es un errar sin fin, tal vez con el objetivo de tramitar la culpa por el incesto y por la muerte de la madre cuando ésta ha dejado de ser madre para convertirse en mujer. El eterno peregrinaje parece reemplazar la búsqueda de algún ideal que ocupe el lugar de los padres muertos por un ilusorio revivirlos.

Estos dos lugares son antagónicos: por un muerto se puede hacer un duelo, pero no por un vivo. Cuando el objeto es permanentemente un muerto-vivo, alguien que desapareció (¿murió?) y luego apareció, el duelo es imposible y genera un deambular patológico, más cerca de la compulsión a la repetición que de la errancia adolescente, aunque tenga aspectos de ambas.

Muchos hijos de padres desaparecidos y/o exiliados durante el proceso militar son (o fueron) adolescentes errantes, prófugos igual que sus padres, prófugos de la cultura, de la sociedad, de la “adolescencia ordinaria” por parafrasear a Gutton. La errancia remeda el exilio vivido pasivamente y transformado en una errancia activa como método de dominación –ya que no de elaboración– de la angustia traumática.

En estos adolescentes la errancia es rígida y carece de las cualidades exploratorias de la errancia típica a favor de repeticiones del trauma del exilio. Siempre se están yendo de todos lados y a ninguna parte, repitiendo los múltiples exilios de su vida: continuos cambios de país, de casa, de parientes que se fueron haciendo cargo de ellos sucesivamente, de colegios, de amigos. Parece que el *des-exilio*⁶ no llega nunca, ya que el cambio objetivo de situación familiar, sociopolítica y económica no llega a ser tenido en cuenta. Lo reconocen en su reflexión consciente, pero inconscientemente estos padres desaparecidos no están ni muertos ni vivos: están desaparecidos, y es por ello que el reproche permanente es que no los miran, no los atienden, los abandonan, no se dan cuenta: todas las variantes del estar desaparecido. Las errancias por amigos, colegios, distintos grupos de rock, etc., tiene siempre el carácter de búsqueda de alguien que se ha caído de la escena, alguien que no pudo sostenerse, a la

⁶ Aguiar, E.: Efectos psicológicos del terrorismo de Estado en parejas afectadas directas por la represión política”, *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 11, 1, Bs. As., 1987, p.145.

vez que un llamado a estos padres desaparecidos para que aparezcan y se hagan cargo. Van erráticamente de amigo en amigo, de colegio en colegio, luego de carrera en carrera sin una finalidad consciente. Lo único persistente es la errancia. Fatalmente llega el momento en que se “tienen” que ir, volviendo activo lo que sufrieron pasivamente. El análisis puede correr la misma suerte que los amigos, los colegios y también las múltiples actividades que emprenden. Las errancias de estos chicos no tienen, salvo excepciones, la ensoñación característica de las errancias normales de la adolescencia; la repetición parece anular la ensoñación, y en ese sentido son más náufragos que errantes. Detrás del irse permanente se encuentra siempre un aferramiento muy fuerte a los objetos de amor, aferramiento de náufrago al madero que en capas más superficiales de la mente se tiñe de celos posesivos y a veces de divismo, y no se diferencia mucho de la pataleta de un chico de dos años.

Las errancias vinculadas al exilio incluyen un área de secreto, que no tiene casi nada que ver con el concepto de secreto para un neurótico, y tampoco con el área de intimidad de los adolescentes normales. Se trata de un secreto bajo prohibición, bajo amenaza de no se sabe qué: sólo se sabe que de eso no se habla. Y el “de eso no se habla” corresponde en general a los años de prisión de los padres, al tiempo perdido de la infancia, y muchas veces a cosas que no pueden ser dichas, horrores de la represión y de la muerte en vida; esta especie de secreto genera agujeros de la memoria y de la experiencia: un tiempo que pesa y sin embargo no existe.

Cuando estos adolescentes prófugos acceden mentalmente al área del secreto, cuando este secreto ingresa como tal a las coordenadas témporo-espaciales, se produce a veces un fenómeno curioso: las errancias dejan de ser repetitivas y pasan a ser más errancias: exploraciones por regiones vinculadas a los agujeros de la memoria. Comienzan a recorrer esos lugares poblados por los fantasmas de la infancia, que por fin son fantasmas, es decir, pueden ser recreados por la imaginación. Estos lugares se llaman bibliotecas donde leer los diarios de la época buscando el nombre de los padres, indagaciones de todo tipo, y también se llaman palabras de los padres, quienes “casualmente” comienzan a contar qué pasó entonces. Aquí empieza el *des-exilio* y la gran revolución adolescente, época de replanteos muy ruidosos y de

actitudes extremistas, época de adolescencia al fin en los casos con final feliz.

Aclaremos que esta resolución del trauma infantil se hace en una edad tardía y genera en principio aún más conductas erráticas. Es común ver que estos ex-prófugos desarrollan una adolescencia plena con errancias incluidas después de los veinte años, y eso en los mejores casos, cuando cuentan con un soporte seguro para las exploraciones. Y aún así, no hay que descartar el escollo del beneficio secundario, ya que por años estos chicos fueron el centro de preocupación de sus familias y no es fácil perder el trono. Si bien las errancias compulsivas no son un síntoma neurótico, generan beneficios secundarios en el sentido de un “plus” de atención de los padres y del analista, contribuyendo también a la perpetuación de las errancias y a la no resolución del trauma inicial, ya que evitan el proceso de subjetivación. Los sucesos traumáticos, al no poder ingresar enteramente a la trama psíquica, no pueden ser recordados sino que tienen que ser revividos, con lo cual se perpetúa el circuito de la repetición. Por cierto, éste es otro rasgo distintivo de la errancia de los chicos prófugos, ya que las errancias adolescentes no vinculadas al exilio pocas veces tienen beneficios secundarios. Y esto es así porque no son –salvo excepciones– chicos verdaderamente abandonados, sino víctimas, igual que sus padres, de circunstancias ajenas al amor. Quiero decir que no ponen en duda el amor de sus padres, sino su vigilancia, su cuidado, su presencia.

b) Errancia y marginalidad

Otro capítulo de las errancias fallidas es el de los adolescentes que fueron sometidos desde pequeños a múltiples cambios de vida, en los que incluimos tanto las migraciones sin contenido político como las migraciones del alma, aquellas producidas por varios divorcios de los padres sin que haya un continente adecuado (alguien que se haga cargo una sola vez de los chicos) y también las que resultan del abandono de los padres.

El mecanismo defensivo que estos adolescentes ponen en juego es el de abandonar antes de ser abandonados, replegándose sobre sí mismos para evitar ligarse afectivamente a alguien. Son chicos solitarios, con un gran reducto interno que no se rinde ante la adversidad. Se produce una peculiar operación yoica, que

consiste en considerar como adversidad tanto a lo malo como a lo bueno que les sucede, en tanto atenta contra el resentimiento (su reducto interno), ya que de él obtienen la fuerza para sobrevivir. Llamo “resentimiento” a esta especie de enclaustramiento cuando tiene características de enojo y negativismo, pero puede tratarse también de un ensimismamiento que habrá que explorar. Tanto el resentimiento como el ensimismamiento dependen de la teoría kleiniana del narcisismo como alejamiento hostil del objeto con el consiguiente repliegue sobre sí mismo. El resentimiento puede generar actitudes vengativas que terminan volviéndose contra el propio sujeto, culminando no pocas veces en el suicidio por múltiples vías, algunas “accidentales” como la sobredosis.

Los abandonos son aún más reiterados que los de los chicos prófugos, y con intervalos temporales más estrechos, al punto que el analista puede no recordar dónde vive el paciente, obligado como está a pedir siempre el nuevo teléfono, que puede ser el de un amigo o el de la única tía que le queda. El desamparo es tan grande que el analista corre el riesgo de adoptar a estos pacientes, haciendo de padre más que de analista. Estos chicos van de un lado a otro sin parar y también sin que las errancias incluyan una ensoñación exploradora del mundo, una amplia reserva ecológica para el Yo en pleno despliegue. Al contrario, los escenarios de sus vagabundeos concretos son sórdidos y a veces peligrosos, la misma sobrevivencia está amenazada constantemente. Uno tiene la impresión de que esta sordidez es la externalización de algo que pasa adentro, de un desamparo yoico no frente al crecimiento sino frente a la falla de los ideales de la infancia, falla que abarca también la propia capacidad para recrear estos ideales a otro nivel. Los ideales caen y no pueden ser reemplazados por otros. Estos casos son más graves que los anteriores, ya que no son a predominio traumático y afectan profundamente la capacidad yoica allí donde lo único que cabe es inventar un camino.

Estos chicos evolucionan bien en el análisis hasta donde ellos mismos pueden sostenerlo, incluso económicamente, pero no pueden desprenderse del analista: requieren que esté ahí “para siempre”. Tampoco pueden integrar a su personalidad una eticidad clara. El Superyó se compone, en su mejor evolución, por leyes a secas, que se pueden burlar o desobedecer sin que ello comprometa mucho al Yo, y es allí donde la figura del analista-padre se les vuelve tan necesaria: “¿Y ahora qué hago?” preguntan. Aun-

que ya no se traten más, cada tanto vuelven para hacer esta misma pregunta sobre distintos tópicos. Cabría plantear, como lo hace A. Freud, que estos pacientes tratan al analista como a un Yo auxiliar y a veces como a un Superyó externo, revelando la patología de esas instancias psíquicas.

Cuando las migraciones son más pautadas socialmente y la familia las soporta, los chicos no pueden acceder a las errancias adolescentes; se benefician mucho con el análisis y pueden desplegar más tarde sus ensoñaciones, aunque no en forma espacial: esto queda como algo vedado, a la manera de una fobia. Con frecuencia se trata de chicos que han sufrido una única migración muy fuerte, justo en la pubertad, que ha tronchado muchas ilusiones recién nacidas, o migraciones reiteradas durante la niñez y la adolescencia con profundo desarraigo social. Es característico de estas familias “sobrevivientes” (familias que no se han desarmado a raíz de las migraciones) que se replieguen sobre sí mismas con la ilusión de ser autosuficientes, con lo cual todo se desarrolla y se resuelve “en familia”. Esta endogamia crea fuertes lazos de dependencia con los padres cuya fachada son los celos. Todos se celan mutuamente y nadie concibe que el otro pueda tener deseos, pensamientos o fantasías foráneos. Es una especie de chauvinismo familiar. El resultado es que los chicos no pueden tener errancias porque eso implicaría extrañarse de la familia. O se quedan encerrados en la endogamia, ataques de asma de por medio, o se alejan en forma extrema en un sentido espacial: cuanto más lejos en el espacio, mejor, porque si se quedan cerca no salen. Estos chicos tienen una errancia a medias: toman vuelo y enseguida bajan a controlar que nada cambie de lugar. La errancia está permitida sólo en aquellas regiones no afectadas por los lazos familiares. En el análisis, lo que se nota es que la mente asocia, hay conflictos neuróticos, pero hasta donde da el abandono. Allí donde hay amenaza de mudanza –y todo puede ser mudanza– el adolescente abandona las asociaciones, se alinea detrás de los padres y se transforma en un latente. Los otros, los que ponen distancia física respecto de la familia, comienzan errancias caracterizadas por la facticidad y las dudas; todo cambia permanentemente y no hay ensoñación, no hay espacio significativo, sólo los puros hechos: cambiar de casa, de muebles, de universidad, de hospital, lo que vale es lo material y fáctico.

III. A MANERA DE CONCLUSION

El hilo conductor de las errancias adolescentes me ha llevado a observar las errancias patológicas, de las cuales he planteado dos “grupos”: las errancias vinculadas al exilio, en las cuales predomina el uso del mecanismo de volver activo lo pasivo, como dice Freud en “Pulsión y destinos de pulsión” y en “Más allá del principio de placer”; y las errancias vinculadas a migraciones y abandonos, en las que predomina el abandonar para no ser abandonado: el acento está puesto en evitar los vínculos afectivos. Hay que ver cuánto de esta evitación no constituye un traumatismo negativo a la manera en que lo plantea Green, y cuánto llega a ser un verdadero pasaje al acto en el sentido de perder toda referencia a un otro y quedar “fuera de cuadro”.

El concepto de errancias adolescentes está centrado en las transformaciones pensamiento-fantasía-acción; la sobreinversión del espacio exterior es sólo un aspecto de las errancias. La errancia compulsiva previene al analista acerca del proceso de recolección de la transferencia, que será riesgoso por la constante amenaza de abandono. La ausencia de errancias anunciará un trabajo diferente, ya que la asociación libre es ajena al mantenimiento de la latencia.

Los casos que conforman la base clínica de este trabajo no fueron presentados por razones de espacio. Sin embargo, vale la pena mencionarlos, ya que contribuyeron en tan gran medida a la formulación de estas ideas sobre las errancias adolescentes. Las edades consignadas son las del momento de la consulta.

1) Hijos de desaparecidos-aparecidos o exiliados durante el proceso militar:

a) Jimena, 19 años. Era muy chiquita cuando su padre tuvo que salir del país. Recorrió diversos escondites hasta que pudo visitar a su papá en el extranjero, y luego se quedó a vivir con él, soportando varios cambios de residencia hasta volver al país. Sólo pudo estar un año en tratamiento: éste era su tiempo máximo para permanecer en un lugar. El reproche por abandono era hacia la madre, a quien ella había abandonado, como después a mí.

b) Rosaura, 16 años. Mientras sus padres estuvieron desaparecidos soportó múltiples cambios de hogar, de familiares a cargo,

de colegios, y cuando recuperó a sus padres y hermanos (que habían estado repartidos en varios hogares) vinieron las mudanzas, la falta de trabajo y la consiguiente zozobra económica. Se puede pensar que fue muchas veces abortada, y la consulta se debió a abortos reiterados, que se repitieron tanto en lo concreto como luego en carreras interrumpidas y amores fugaces que ella vinculó primero con la prostitución y luego con la violación de su madre.

c) Renzo, 20 años. Estuvo exiliado con su padre y sus hermanos en varios países hasta llegar a uno más “definitivo” (el lugar donde más tiempo estuvo, y también aquél en que estuvo la madre cuando salió de la cárcel). Los síntomas son los mismos que los de los demás chicos (cambios permanentes, “tener” que irse), a los que se agrega la idealización de aquel lugar donde se reencontró con la madre y donde terminaron viviendo sus hermanos mayores y frecuentes ataques de asma en coincidencia con haber quedado como hijo único y por tanto único soporte de vivir en este país.

d) Esteban, 25 años. Su padre estuvo muchos años desaparecido y mientras tanto él y sus hermanos vivieron clandestinamente. Su padre reapareció profundamente quebrantado. Esteban buscó un padre-gurú en medio de sus múltiples peregrinajes, mientras mantenía una actitud de latente, siempre obediente, un boy scout al servicio del padre. Tuvo varios analistas con los cuales no fue posible abordar el área de secreto. Tampoco conmigo.

2) Migraciones

a) Alina, 19 años. Llegada al país a los catorce años e hija de padres que también migraron varias veces, por lo cual la familia grande soportó varias fracturas aunque la familia nuclear permaneció férreamente unida hasta que su hermano mayor reinició el ciclo de las migraciones. Tuvo también múltiples analistas, varios colegios, amigos de todas partes, muchas mudanzas internas y finalmente la “expulsión” de este hermano, para quien, en la última mudanza, ya no hubo un dormitorio.

b) Susana, 20 años. Extranjera, muchas migraciones internas y externas, padres separados. Su manera de hablar era llamativamente “cult”, hasta los insultos eran ingeniosos y refinados, denunciando que su principal defensa era el desprecio, aunque duraba poco, ya que Susana caía muy pronto como principal

víctima. A los dieciséis años ya había hecho tres intentos de suicidio y se había fugado de la casa. Se casó a los diecisiete y se divorció a los dieciocho luego de un aborto. Entonces comenzó la anorexia así como la amenorrea, y una frenética errancia con prostitución encubierta.

c) Carmen, 20 años. También múltiples migraciones internas y luego errancias extremas, con carencia total de sostén parental. Estuvo siete años en tratamiento, y aún cada tanto vuelve a preguntar “Doctora, ¿qué hago?”. En lo económico, y también en cuanto a los constantes cambios de domicilio pudo “ordenarse”, pero no en cuanto a los cambios de pareja.

BIBLIOGRAFIA

- AGUIAR, E. Efectos psicológicos del terrorismo de Estado en parejas afectadas directas por la represión política. *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 11, Bs.As., 1987.
- AULAGNIER, P. Construir(se) un pasado. *Psicoanálisis*, Revista de APdeBA, 13, 3, Buenos Aires, 1991.
- BION, W. *Transformaciones*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968.
- BLOS, P. *La transición adolescente*. Amorrortu, Buenos Aires, 1981.
- Diccionario Ilustrado Vox*. Barcelona, Editorial Spes, 1961.
- FREUD, A. *Normalidad y patología en la niñez*. Buenos Aires, Paidós, 1979.
- FREUD, S. (1914) Introducción del narcisismo. *A.E.*, Vol. XIV.
- (1915) Pulsiones y destinos de pulsión. *O.C.* Vol. XIV.
- (1920) Más allá del principio de placer. *A.E.* Vol. XVIII.
- GUTTON, P. Y SLAMA, L. Essai de psychopathologie de l'errance. *Adolescence*, Revue semestrielle de psychanalyse, psychopathologie et sciences humaines, 23, Errances, Paris, Bayard Éditions, 1994.
- KLEIN, M. El psicoanálisis de niños. *Obras Completas*, 1, Buenos Aires, Paidós, 1977.
- Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé. En *Desarrollos en Psicoanálisis*. Hormé, Buenos Aires, 1971.
- Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En *Desarrollos...*

ANA C. BISSON DE MOGUILLANSKY

LEIVI, B.M. Historización, actualidad y acción en la adolescencia. *Psicoanálisis*, Revista de APdeBA, 13, 3, Niñez y adolescencia, Buenos Aires, 1995.

Petit Larousse. Dictionnaire encyclopédique. Paris, Librairie Larousse, 1966.

WINNICOTT, D.W. *Realidad y juego*. Buenos Aires, Granica Editor, 1972.

Ana C. Bisson de Moguillansky
Las Heras 3875, 13 B
C1425ATC, Capital Federal
Argentina